Infanta Galiana

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

DEL TEATRO

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DEL ESTRANGERO,

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid:

LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

Marcela, ó ¿á cuál de los tres?
Un tercero en discordia
Un novio para la niña.
Otro diablo predicador.
Me voy de Madrid.
La redaccion de un periódico.
Las improvisaciones.
Una de tantas.
Muérete y verás.
El amigo mártir.
Todo es farsa en este mundo.
D. Fernando el emplazado.
Medidas estraordinarias.
El poeta y la beneficiada.
Ella es él.
El pró y el contra.
El hombre gordo.
Flaquezas ministeriales.
El hombre pacífico.
El qué dirán.
Un dia de campo.
El novio y el concierto.
No ganamos para sustos.
Bellido Dolfos.
¡Una vieja!
El pelo de la dehesa.
Lances de carnaval.
Pruebas de amor conyugal.
El cuarto de hora.
La ponchada.
El plan de un drama.
Dios los cria y ellos se juntan.
Cuentas atrasadas.
Mi secretario y yo.
¡Qué hombre tan amable!
Los hijos de Eduardo.
Engañar con la verdad.
Los primeros amores.
A la zorra candilazo.
El amante prestado.
I'- paseo á Bedlan.
Mi tio el jorobado.
La familia del boticario.
El segundo año.
La loca fingida.
No mas muchachos.
Mi empleo y mi muger.
La primera leccion de amor.
Lo vivo y lo pintado.
La pluma prodigiosa.
La Batelera de Pasages.
La mansion del crimen.
La escuela de las casadas.
El Editor responsable.
¡Estaba de Dios!
Blanca de Borbon.
Carlos II el hechizado.
Rosmunda.
D. Alvaro de Luna.
El entremetido.
Un novio á pedir de boca.
Un frances en Cartagena.
Por no decir la verdad.
Rodrigo.
Carlos V en Ajofrin.
Cuidado con las novias.
Un monarca y su privado.
El dia mas feliz de la vida.
El vigilante.
La escuela de los viejos.
El vaso de agua.
Un casamiento sin amor.
Matilde.
D. Trifon.
Masaniello.
Atrás!
Guzman el bueno.
El amigo en candelero.
El Trovador.
El page.
El rey monje.
Magdalena.
El bastardo.
Samuel.
Dandolo.
El encubierto de Valencia.
Batilde ó América libre.
Margarita de Borgoña.
La pandilla.
D. Juan de Marana.
Calígula.
Zaida.
Juan de Suavia.
El caballero leal.
El premio del vencedor.
Gabriel.
Las bodas de Doña Sancha.
Los amantes de Teruel.
Doña Mencia.
La redoma encantada.
La visionaria.
Los polvos de la madre Celestina.
El amo criado.
Ernesto.
El barbero de Sevilla.
Alfonso el Casto.
Primero yo.
El abuelito.
El Bachiller Mendárias.
Macias.
No mas mostrador.
Roberto Dillon.
Felipe.
Un desafio.
Arte de conspirar.
Partir á tiempo.
Tu amor ó la muerte.
D. Juan de Austria.
D. Alvaro, ó la fuerza del sino.
Tanto vales cuanto tienes.
Solaces de un prisionero.
La morisca de Alajuár.
El crisol de la lealtad.
Finezas contra desvios.
Guillermo Tell.
El gran capitan.
El desengaño en un sue
Mas vale llegar á tiemp
Ganar perdiendo.
Cada cual con su razon.
Lealtad de una muger.
El zapatero y el rey 1.a
Apoteosis de Calderon.
El zapatero y el rey, 2.a
El eco del torrente.
Los dos vireyes.
La corte del Buen-Retir
Bárbara Blomberg.
D. Jaime el conquistado
Higuamota.
La aurora de Colon.
El conde D. Julian.
Cerdan, justicia de Arag
Contigo pan y cebolla.
Tal para cual.
Las costumbres de antañ
El jugador.
Del mal el menos.
Toros y cañas.
Quien mas pone pierde m
Rivera.
El rigor de las desdichas
Las simpatías.
El diablo cojuelo.
Las ventas de Cárdenas.
Dos validos.
La tumba salvada.
El Tasso.
Acertar errando.
Hacerse amar con peluca
Shakespeare enamorado.
Máscara reconciliadora.
El testamento.
El gastrónomo sin dinero
Miguel y Cristina.
La vuelta de Estanislao.
Las capas.
Un ministro!!!
Quiero ser cómico.
El ambicioso.
Marino Faliero.
El marido de mi muger.
Jacobo II.
El rey se divierte.
La muger de un artista.
La segunda dama duende
Un alma de artista.
Una ausencia.
Mateo.
Amor de madre.
El honor español.
La sociedad de los trece.
Los perros del monte d
Bernardo.
El héroe por fuerza.
Bruno el tejedor.
De un apuro otro mayor.
Empeños de una venganz
¡Es un bandido!

LA INFANTA GALIANA.

LA INFANTA GALIANA,

DRAMA EN TRES ACTOS

DE

Don Tomas Rodriguez Rubí.



MADRID:
IMPRENTA DE DON ANTONIO YENES,
Calle de Segovia, núm. 6.

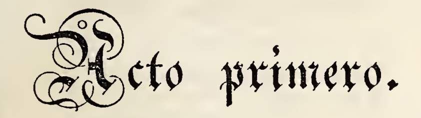
1844.

PERSONAS.	ACTORES.
GALAFRE, *rey moro de Toledo.*	*D. Pedro Lopez.*
GALIANA, *su hija*.............	*Doña Matilde Diez.*
JIMENA, *dueña mozárabe al servicio de Galiana*........	*Doña X.... Bardan.*
CARLOS MARTELLO, *hijo de Pipino, rey de Francia*...	*D. Florencio Romea.*
GALAOR, *su juglar*...........	*D. Vicente Caltañazor.*
BRADAMANTE, *régulo de Guadalajara*....................	*D. José Garcia Luna.*
ROLDAN........................	*D. Pedro de Sobrado.*
OLIVEROS.....................	*D. J. Rada.*
OMAR.........................	*D. F. Aznar.*

Caballeros, Escuderos y Pajes franceses, Moros, Esclavas, Esclavos y Bailarinas.

SIGLO VIII.

La accion pasa en Toledo en el palacio de la Infanta Galiana.



Cenador morisco: á derecha é izquierda escalinatas de mármol que conducen al interior del palacio: en el fondo un pintoresco jardin con fuentes y surtidores del gusto árabe. Aparece Galiana á la derecha, reclinada sobre almohadones y rodeada de sus esclavas: cerca de ella Jimena, y en el centro de la escena el número posible de esclavas bailando, que concluyen poco despues de levantado el telon.

ESCENA PRIMERA.

GALIANA. DOÑA JIMENA. ESCLAVAS *y* BAILARINAS.

JIMENA. ¿Bailarán mas?
GALIANA. No, Jimena,
que ya ese baile me cansa:
siempre lo mismo.
JIMENA. ¿Se irán?
GALIANA. Sí, sí; diles que se vayan;
que aprendan otro mejor
para el festin de mañana.
(*Habla aparte Doña Jimena con las bailarinas, que se retiran por la escalinata de la izquierda.*)
Dejadme tambien vosotras: (*A las esclavas.*)
id á esperarme en la sala
de los baños, que ahora quiero
quedarme aquí solitaria.
(*Vanse las esclavas por la escalinata de la derecha.*)

ESCENA II.

GALIANA. DOÑA JIMENA.

JIMENA. ¿Quieres tambien que Jimena
te deje sola?...
GALIANA. No, aguarda:
no te apartes de mi lado,
porque tus dulces palabras
suelen ahuyentar el tedio
que á todas horas me mata.
JIMENA. Bien sabes princesa bella
cuánto tu vista me agrada,
y que es mi mayor placer
estar siempre en tu compaña.
GALIANA. Lo sé, Jimena; mas... dime,
¿por qué siendo tú cristiana,
y libre entre los mozárabes
que en silencio odian mi raza,
aquí á encerrarte has venido
como si fueras mi esclava?
¿Qué hechizo has hallado en mí,
ó por qué secreta májia
la libertad sacrificas
á los que hollaron tu patria?
tu maldecirnos debieras
como los tuyos...
JIMENA. Te engañas:
amar á los enemigos
nuestra religion nos manda.
De mas que de estar aquí
te he dicho otra vez la causa.
Yo cumplo una penitencia
entre nosotros sagrada,
por la que tal vez un dia
allá en las etéreas salas
recojeremos el premio...
GALIANA. ¿Y yo tambien?
JIMENA. Sí, Galiana,

si te acojes á la sombra
de nuestra fé sacrosanta.

GALIANA. ¡De vuestra fé!... es imposible;
mi estado de ella me aparta.

JIMENA. ¿Qué dices?

GALIANA. Mi estado, sí,
aunque el corazon la acata.
Tú no conoces, Jimena,
las angustias de mi alma,
ni sabes cuanto esta mora
aquí en silencio batalla.
Mira tú si á vuestra fé
podré no estar inclinada
cuando he sabido hace poco
que era mi madre cristiana:
cuando tambien... ¡ay de mí!
aquí en devorante llama
me abraso con la memoria
de un amor sin esperanza.

JIMENA. ¿Un cristiano?

GALIANA. Sí, un cristiano,
que con no vista pujanza
y con asombro de todos,
llevó el premio de las armas
que el rey mi padre ofreció
en las justas toledanas.

JIMENA. Y hablarte logró...

GALIANA. Jamás:
ni aun pudo verme la cara
á través del denso velo
que entonces me cobijaba.

JIMENA. ¿Sabes quién es?

GALIANA. No, Jimena:
sus pages, sus ricas galas,
su recamado pendon
y su bravura, declaran
que ese intrépido mancebo
es de estirpe soberana;
pero de cierto no sé...
Cárlos Martello le llaman...

JIMENA. ¡Martello!

GALIANA. ¿Tú le conoces?

JIMENA. El hijo del rey de Francia.
GALIANA. ¿Y ese rey es poderoso?
JIMENA. Mas que tu padre, Galiana.
GALIANA. ¡Ah!... pero, no; es imposible:
su poder aquí no alcanza,
yo debo echar de mi seno
esta pasion insensata.
JIMENA. ¿Por qué?
GALIANA. Porque yo he nacido
en hora triste y menguada:
porque teneis los cristianos
mucho amor á vuestra raza
para admitir de una mora
la cariñosa alianza.
JIMENA. Con una mora, jamás,
pero si te haces cristiana...
GALIANA. No, no puede ser. ¿Olvidas
que estoy aquí encadenada
en medio de los placeres,
de los festines y danzas
que se inventan cada dia
para divertir mis ansias?
y tanta pompa y festejo,
tantos esclavos y esclavas
¿no son otros tantos ojos
que me vigilan y guardan?
Demas, Jimena, ese Régulo
que manda en Guadalajara,
ese feroz Bradamante
azote de vuestra patria,
¿no ha dicho que he de ser suya
aunque la vida le vaya?
Y quién sabe si algun dia
se cumplirán sus palabras...
pues todo puede esperarse
de su dureza y audacia.
Delante de mi palacio
sobre una yegua alazana
de dia está y atropella
por cuantos estorvos halla;
y como siempre es en vano,
allá en la noche callada

se introduce en mis jardines
y sus amores me canta.
¿Cómo burlar de este moro
la dura y tenaz constancia,
si estoy siempre bajo el peso
de sus feroces miradas?

JIMENA. ¿Quién sabe, Galiana... todo
andando el tiempo se alcanza.
Implora el favor divino
que es el que todo lo allana,
y cuando menos lo pienses
se cumplirán tus plegarias.

GALIANA. Ya otras veces le imploré
y nunca enjugó mis lágrimas.

JIMENA. No dudes jamás, princesa,
de la bondad soberana
que dió vida, luz y espacio
á cuanto en los orbes hallas.
Acude como nosotros
con entera confianza,
que si alguna vez el bien
en esta vida nos tasa,
es porque en el paraiso
otro mayor nos prepara.

GALIANA. Será así; pero yo en tanto
en esta prision dorada
mis esperanzas ahogo
y nadie viene á salvarlas.

JIMENA. Espera.

GALIANA. No será mucho,
porque el que zozobra y llama,
sino le socorren pronto
las fuerzas pierde y naufraga.

JIMENA. Pues yo al Supremo Hacedor
humilde, en tierra postrada
para tí le pediré
el aliento que te falta,
y el influjo sentirás
de su omnipotente gracia.

GALIANA. Sí, sí: pídele por mí...
pronto, Jimena del alma,
porque mis ruegos no llegan

á las celestes moradas.
No tardes.

JIMENA. Une á las mias
tus súplicas, Galiana.

GALIANA. Alá te guarde.

JIMENA. Adios queda,
y cifra en él tu esperanza.

(*Vase por la escalinata de la derecha.*)

ESCENA III.

GALIANA.

Esa esperanza ilusoria
en alas huyó del viento:
tan solo tú, pensamiento,
tras de ella volando vas.
Allá á lo lejos la miro
vagar con incierto jiro,
la llamo con un suspiro...
y se aleja mas y mas.
¡Ay de la triste que llora
en soledad apartada
como el ave enamorada
que perdió su libertad!
Fortuna, con tus rigores
querrás tan tiernos amores
sepultar entre las flores?...
¡llorad mis ojos, llorad!..
¿Llorar yo, que siempre fuí
en mi raza la primera!
¡Sultana yo... y prisionera,
esclava de amor así!
¿Qué valen mis ricas galas?
¿Por qué de este amor en alas
osé levantar escalas
sobre humo y viento... ¡ay de mí!
No mas estas engañosas
visiones del alma mia
para hacerme compañía

vendrán á mi soledad.
Si para mí no hay ventura
ni para mis duelos cura...
dejadme con mi amargura,
volad quimeras, volad!

(*En la base de la escalinata de la izquierda se abre una puerta y sale por ella Bradamante.*)

ESCENA IV.

GALIANA. BRADAMANTE.

GALIANA. ¡Ah!.. ¡Bradamante!..
BRADAMANTE Sultana,
¿por qué se van presurosas
de tus mejillas hermosas
las tintas de la mañana?
Siempre al verme, el rostro esquivo:
siempre pagando mi amor
con tal crudeza y rigor...
¡cuando solo por tí vivo!...
GALIANA. Si ya escuchastes de mí,
aunque te reiste ufano,
que me festejas en vano
¿para qué has entrado aquí?
¿Por qué desde los confines
donde tu yugo se aguanta,
vienes á marcar la planta
en mis cerrados jardines?
¿Sabes, pese á tu fiereza
y á tu nombre celebrado,
que entrar como aqui has entrado
puede costar la cabeza?
BRADAMANTE Galiana, lo sé bien, sí;
pero eso no me intimida.
¿Qué vale perder la vida
cuando se pierde por tí?
Bajar hasta el polvo haré
por tí mi estandarte moro:
mi alcazaba y mi tesoro

por tí despreciar sabré.
Y sé que en nada tendrás
las ofrendas de mi amor,
ni que jamás una flor
de tu jardin me darás.
Mas... ya estos muros te escondan
tan hondamente á mis ojos,
y tus desdenes y enojos
á mis acentos respondan:
ó ya á las ardientes playas
de Arabia intentes huir...
Sultana, te he de seguir
adonde quiera que vayas.

GALIANA. Bradamante, eso está bien;
mas... vete con tu locura,
porque tu muerte es segura
si hablar conmigo te ven.

BRADAMANTE Y ¿qué te importa, si al fin
tus pensamientos desean
que tus esclavos me vean
profanando tu jardin.

GALIANA. No llega á tanto mi encono.
Olvida tus ilusiones,
y vete porque me espones;
asi tu audacia perdono.

BRADAMANTE No temas que á tu ventura
se atreva ninguna mano,
que no está mi alfanje en vano
pendiente de mi cintura.
Y advierte que vine aqui
con el rey tu padre á hablar
que me ha mandado á llamar
porque ha menester de mí.
Ya ves que todo se allana:
con que escúchame sin miedo
que estár sin zozobras puedo
en tus jardines, Galiana.

GALIANA. Aunque todo fuera asi,
vanos serán tus jemidos,
que están sordos mis oidos,
Bradamante, para tí.

BRADAMANTE Dura te encuentro esta vez:

altiva, Sultana, estás;
mas... no han de volverme atras
tu crudeza y esquivez.
Hoy solo desdenes hallas;
pero ve que Bradamante
es tan fuerte para amante
como es fuerte en las batallas.
¿Conoces el odio insano
que profeso en esta tierra
ya en la paz ó ya en la guerra
á todo el pueblo cristiano?
Pues antes pudiera ser
que hasta sus pies me humillara
y mi pendon le entregara
que dejarte de querer.
Porque en nuestra raza mora
nada hay que te sustituya,
y hasta esa fiereza tuya
por ser tuya me enamora.
Galiana, piénsalo bien;
y ten presente que has sido
la que el profeta ha escojido
para Reina de mi haren.

GALIANA. Por ultima vez escucha
mi voluntad invariable,
y mas no esperes que hable,
que ya mi fatiga es mucha.
Jamás volviste la cara
á las huestes del cristiano:
ejerces un soberano
poder en Guadalajara.
Ganastes muchos trofeos:
eres orgullo y fortuna
de la ardiente media luna;
y en las zambras y torneos
con igual gloria y pujanza,
entre otras cosas que callo,
asi rijes el caballo
como manejas la lanza.
Todo esto llegó á admirar
conmigo la jente mora;
pero esas prendas... ahora

yo no las puedo apreciar.
No preguntes el por qué,
ni asi te muestres inquieto...
porque es mi único secreto
y nunca te lo diré.
A otras festeja, á mí no:
yo sé que hay mil que callando
están por tí supirando
y son mejores que yo.
Ellas le darán abrigo
á tu pasion, vé seguro,
que no serán te lo juro,
tan desdeñosas contigo.
Ya sabes mi voluntad.
Déjame con mi desvelo
que para mí no hay consuelo
sino es en la soledad.

BRADAMANTE Me llenas de confusion.
¿Por qué esa angustia, Sultana!
Sospecho que estás, Galiana,
enferma del corazon.
¿Amas á otro tal vez?

GALIANA. Estás el tiempo perdiendo.

BRADAMANTE Es que me lo están diciendo
tu amargura y tu esquivez.

GALIANA. Pues si eso te dicen, calla,
y respeta mi dolor.

BRADAMANTE Es que siento que el furor
dentro de mi seno estalla
al escuchar de tus labios
que por otro amor sufrí
tantos ultrages de tí,
tantos desdenes y agravios.
¡Ay si le llego á encontrar!
mañana sabrá Toledo
que yo á ninguno te cedo
mientras pueda respirar.
Yo fijaré mi cartel
y á tu amante, en buena guerra
saldré á buscar por la tierra...

GALIANA. Y nunca darás con él.

BRADAMANTE ¡Galiana!... quien quier que sea

el que tu amor alcanzó,
en tanto que viva yo
no esperes que te posea.
Seré cruel, importuno,
tu sombra de noche y dia...
y al cabo tu serás mia
ó no has de ser de ninguno.

GALIANA. Mucho presumes de audaz...
y advierte que no es cobarde
tu rival.—Alá te guarde.

BRADAMANTE Bien, Galiana, vete en paz.

(*Vase Galiana por la escalinata de la izquierda.*)

ESCENA V.

BRADAMANTE.

Yo haré que tus esperanzas
muy pronto se lleve el aire,
y que en tu memoria fijes
el nombre de Bradamante.
Que nunca daré con él
por mucho que yo me afane
has dicho... facil será
que de mi vista se escape.
Allá veremos, Sultana,
quién sale mejor del lance;
tú callando tu secreto
ó yo audaz averiguándole.
Yo mis armas tomaré
y aunque velando me canse,
á mis fatigados ojos
haré que el sueño rechacen,
y al cabo daré con él
aunque el averno le guarde.
Que no es cobarde dijistes;
mas... ¿quién es fuerte delante
de mi potro cordovés,
de mi lanza y de mi alfanje?
Despídete de él, Galiana,

que como yo le dé alcance
el ¡ay!... solo escucharás
que bajo mi planta exhale.
Pero aquí se acerca el Rey:
si algo viene á demandarme,
yo buscaré la manera
de que mis favores pague.

ESCENA VI.

EL REY. OMAR. *Moros y Esclavos.* BRADAMANTE.

REY. Alá te guarde, musulman guerrero:
gloria sin fin á tu imperial linaje.
BRAD. ¡Salud!... Rey de Toledo, al que el profeta
de lauros coronó en tantos combates.
Aquí me tienes ya: por tí llamado
he dejado mi tierra y mis alcázares.
Habla y exije, que el afan conoces
con que siempre te sirve Bradamante.
REY. Lo sé, bravo adalid. no necesitas
la ley que nos profesas recordarme
porque grabados en la mente mia
tus favores están. Hoy en tu grande,
en tu robusto brazo busca apoyo
el trono de Toledo vacilante.
BRAD. ¡Qué dices, noble Rey?...
REY. Atento escucha,
y responde á tu vez si has de ayudarme.
Abderrahaman, que el cordovés imperio
con fuerte mano rije, vasallaje
y tributos demanda al toledano
por medio de violencias y de ultrajes.
Los pueblos incendió de mi frontera;
sus tesoros llevóse, y de mis árabes
dentro los muros de la altiva Córdova
rodaron las cabezas á millares.
Ora á la guerra su ambicion me llama,
y aquí conduce sus potentes haces
arrasando mis pueblos por do quiera

que cruza con su ejército salvaje.
Se acabó el sufrimiento. De los mios
venganza pide la vertida sangre,
y yo se la daré poniendo un dique
á tan loca ambicion, á tal barbarie.
En breve, en mi favor del rey de Francia
á Toledo vendrán los estandartes,
y con ellos tambien el heredero
del imperio francés al campo sale.
Sus huestes y las mias serán pronto
el rayo que al de Córdoba anonade;
y si Alá, que no espero, en esta empresa,
su escudo protector nos retirase,
mi trono se hundirá, pero con gloria:
como Rey moriré, sin humillarme.
Tú que al cristiano en las revueltas lides
ganastes cien banderas y ciudades:
tú que en la lucha cuanto al paso encuentras
arrollas con tus potros indomables,
¿querrás á nuestras armas vengadoras
unir tus impertérritas falanges?
Piénsalo bien... y tu respuesta aguardo.

BRAD. Y ¿lo puedes dudar?... Iré delante:
el primero saldré porque no quiero
que las armas de Francia me aventajen.
Mis tropas juntaré, y en la contienda
de mis caballos al tendido escape,
yo romperé las enemigas huestes
y el campo cubriré con sus cadáveres.

REY. Muy grato es ¡oh guerrero! al alma mia
el fuego de tu intrépido lenguaje.
Nada puedo temer si tú me ayudas,
tú, como siempre, volverás triunfante.

BRAD. Una cosa no mas ¡oh Rey!... te pido
en premio á mi fatiga y mis afanes.

REY. ¡Bradamante! ¿qué cosa habrá en Toledo
que á un hombre como tú pueda negarse?
Pide, imajina aunque imposibles sean
y al punto los tendrás: habla, no tardes.

BRAD. Dame á tu hija.

REY. ¿A Galiana quieres?

BRAD. Despues del son tremendo del combate,

nada hay cual ella, que á mi fuerte seno
de placer estremezca y entusiasme.
Ha un año que en silencio aquí la adoro:
que aquí el destino me grabó su imágen,
y aunque en mis sueños olvidarla quiero
tambien en sueños á mi encuentro sale.

REY. Pues bien; si las banderas enemigas
con la victoria tu valor me trae,
Galiana será la recompensa.

BRAD. Pues que suene desde hoy sobre los aires
de la trompa guerrera el eco ronco,
y á tus soldados á lidiar los llame.
Mi brazo como nunca en la pelea
será esterminador, y á tus hogares
arrastrando banderas y despojos
un dia volveré.

REY. ¡Bien, Bradamante!
Yo daré la señal; junta los tuyos
y la senda del bien Alá te marque.

BRAD. Sí marcará, porque la empresa es justa.
Él te proteja ¡oh Rey!

REY. Y á tí te salve.

(*Vase Bradamante por el fondo izquierda.*)

ESCENA VII.

REY. OMAR. *Moros. Esclavos.*

REY. Ya lo escuchastes, Omar,
Bradamante como siempre,
leal entre los leales,
valiente entre los valientes.
Él á campaña saldrá
seguido de sus jinetes,
y romperá las falanjes
de los fieros cordobeses.

OMAR. Así lo espero. La hora
llegó ya para esa jente
que á tus indefensos pueblos
llevó el estrago y la muerte.

Pero no olvides jamás
que en derredor tuyo tienes
á todo el pueblo cristiano,
que al salir tus tropas, puede
romper audaz sus cadenas
y alzar triunfante su frente.
Rey de Toledo, es preciso
sujetarlos.

REY. ¿Y qué quieres?
¿que para esos desgraciados
nuevos suplicios invente?
No quiero que en sus oidos
con horror mi nombre suene,
ni abrumar con mi poder
á los que no se defienden.

OMAR. ¡Guai de tí! Plegue al Profeta
que esa bondad no te pese.

REY. No temas; aquí me quedo
con mis africanos fieles,
y verás con mi prudencia
como ninguno se mueve.
Los demas todos saldrán
en union con los franceses
que ya estarán á la vista
de nuestros muros.

OMAR. Y en breve
dentro de ellos estarán.
Las atalayas de Oriente
esta mañana avistaron
á los primeros jinetes,
y diz que en la descubierta
tambien el príncipe viene.

REY. Pues descanso á sus fatigas
en este alcázar encuentre,
porque el honor de habitarlo
bien quien me ayuda merece.

OMAR. Tampoco hay otro en Toledo
que albergar pueda á tal huesped...

(*Suena á lo lejos una marcha morisca.*)

REY. Esa música guerrera,
Omar, que los aires hiende,
¿qué anuncia?

OMAR. Esa es la señal
de que á las puertas ya tienes
al heredero de Francia
y á sus principales jefes.

REY. Pues dispon que á todos ellos
se les acate y festeje,
y vamos desde un balcon
á ver su entrada solemne.

(*Vanse todos por el fondo derecha, y sale despues por la izquierda Bradamante.*)

ESCENA VIII.

BRADAMANTE.

¿No he de ver á Galiana
en medio esta confusion?
Y ¿he de partir sin decirla,
mal que pese á su rigor,
que ya es mia, porque el Rey
su palabra me empeñó?
¿Adónde la encontraré?
tal vez en su mirador
estará viendo la entrada
de ese brillante escuadron
de caballeros franceses....
Y no es posible que yo
pueda pasar adelante:
ya estoy en su cenador,
y por audaz que haya sido
ninguno de aquí pasó.
Esta es la senda por donde
con paso firme y veloz
entro y salgo sin testigos
al alcázar de mi amor.
Aquí me quedo á esperarla
hasta que se oculte el sol,
pues siempre en la senda tengo
camino de salvacion.

Alguien se acerca... ¿será
Galiana?... Tal vez no:
ocultémonos, no quiero
que sepan que aquí aun estoy.
(*Entra por donde salió al principio del acto.*)

ESCENA IX.

JIMENA, (*Bajando por la escalinata de la derecha.*)

¡Jesus!.. y cuántos cristianos
armados... ¡gracias á Dios
que de punta en blanco miro
á los de mi relijion!
¡Todos franceses!.. con ellos
no viene ni un español!...
¡Qué lástima! de esta vez
nos ha olvidado el Señor...
mas ya llegará la nuestra...
en tanto... resignacion.

ESCENA X.

JIMENA. GALIANA, (*bajando por la escalinata de la derecha muy alborozada.*)

GALIANA. Jimena, ¿le has visto, dí?
JIMENA. ¿A quién?
GALIANA. A Cárlos.
JIMENA. ¡Dios mio!
GALIANA. Al dueño de mi albedrio.
JIMENA. ¿Entre ellos viene?
GALIANA. Sí, sí.
Desde un oculto balcon,
cubierto de oro y acero,
le he visto entrar caballero

sobre un gallardo troton.
Y en mi amante frenesí,
sobre él, al verle pasar,
de jazmines y azahar
toda mi esencia vertí.
¡Ay, Jimena! ¡qué alegria!
¡Quién há poco me dijera
que tan pronto se cumpliera
la dulce esperanza mia!

JIMENA. ¡Silencio!... pero, ¿tú lloras?
¡si te ven!... ¡por Dios que acabes!...

GALIANA. ¡Ay, amiga, tú no sabes
cómo queremos las moras!

JIMENA. Pero ese tu afan modera...
(*Oyese la música mas cerca.*)
¿Oyes la marcha?

GALIANA. Sí, sí.

JIMENA. Tal vez el Príncipe aquí
se acerca, y si asi te viera...

GALIANA. No tengas ningun recelo...

JIMENA. Pero aqui te vas á estar?

GALIANA. Aqui le voy á esperar;
cúbreme bien con el velo.
Verle de cerca desea
de mi amor la ardiente fé,
y asi mirarle podré
sin que mis lágrimas vea.

JIMENA. Y asi tu ansiedad agravas...
mas si llega Bradamante...

GALIANA. Ya estará de aqui distante:
haz que vengan mis esclavas.
(*Asoman estas sobre la escalinata derecha.*)

JIMENA. Aqui las tienes; llegad,
á tiempo venís ahora:
pronto, de vuestra señora
plaza en derredor tomad.
(*Mirando hácia el fondo.*)
Ya tu padre viene aquí
con su corte musulmana:
serénate, Galiana,
y no te olvides de tí.

ESCENA XI.

GALIANA. JIMENA. ESCLAVAS. EL REY. OMAR. MOROS *de acompañamiento que se colocan á la izguierda del teatro.*

REY. Pujante viene el frances.
De esta vez si la fortuna
nos libra, Omar, de un reves,
hundimos sin duda alguna
el orgullo cordobés.

(*Salen guerreros franceses con estandartes, y se colocan á la derecha.*)

OMAR. Ya los de las Galias fieros
jamás vencidos guerreros,
vienen delante de tí,
y Carlos Martello, allí,
con sus nobles escuderos.

(*Sale Carlos seguido de sus escuderos y pajes que ocupan el frente del teatro, menos el que lleva el escudo y lanza del Príncipe, que se adelantará detras de él. Algunos pajes traerán bandejas de oro y plata cubiertas con telas de la época.*)

ESCENA XII.

GALIANA. CARLOS. EL REY. OMAR. JIMENA. ESCLAVAS. GUERREROS. ESCUDEROS *y* PAJES FRANCESES. MOROS.

REY. Llega, príncipe inmortal,
el que en mi favor y ayuda
viene con presteza tal:
de Toledo la imperial
el monarca te saluda.

CARLOS. Sí, yo juro, ¡oh soberano!
sobre la cruz de mi escudo

(*Tiende la mano sobre el escudo que por la derecha le presenta el escudero.*)

defenderte. Esta es mi mano.
Yo al monarca toledano
tambien á mi vez saludo.

REY. Espero mucho de tí:
conozco bien tu denuedo,
porque há un año que te ví
ganar el premio que dí
en las justas de Toledo.

CARLOS. Toda mi dicha se encierra
en buscar luchas gloriosas.
Há un año que por la tierra
con mis armas victoriosas
voy donde quiera que hay guerra.
Y siempre de mi destino,
rompiendo muros y vallas,
gocé el amparo divino,
abriéndome en las batallas
franco y seguro camino.
Por eso tanto guerrero
en pro tuyo sacará
su nunca vencido acero,
y yo con ellos espero
que Dios nos protejerá.

REY. No saldrá, si él os escuda,
jamás tu esperanza vana.
Ireis á lidiar mañana;
en tanto ven y saluda
á mi hija.

CARLOS. ¿Es Galiana?

REY. Sí.

CARLOS. Sultana, un tiempo fué
que yo el príncipe Martello
á tí levantar osé
mis ojos, y en denso velo
envuelta como hoy te hallé.
Pero es inútil la pena
que das á tu frente pura,
porque llegó, en hora buena,
á las orillas del Sena
la fama de tu hermosura.
Esquiva tu rostro, sí;
yo sé que vivís aquí

en un profundo retiro:
que sepas me basta á mí
que sin mirarte te admiro.

(*Se acercan los pajes con las bandejas.*)

De allá de la patria mia
con los presentes que ves
de perlas y orfebreria,
vengo, Sultana, este dia
para ponerme á tus pies.
Bien sé que mezquinos son
tales dones para tí,
porque á tanta perfeccion
no hay en mi patria ni aquí
cumplido y bastante don.
Mas te ruego que tu mano
los acepte con bondad,
y un favor tan soberano
eterna hará la amistad
del francés y el toledano.

(*Entregan los pajes las bandejas á las esclavas: estas se retiran por la derecha y aquellos vuelven al fondo.*)

REY. Sí lo será, te lo juro:
muy obligado te quedo;
para tí, vive seguro,
será de amistad un muro
el Rey moro de Toledo.
Ven, príncipe, á mi palacio,
y bajo su techo amigo
descansarás, y conmigo
podrás hablar mas despacio.

CARLOS. Gracias te doy, ya te sigo.

(*Salen juntos seguidos á la vez de franceses y moros.*)

ESCENA XIII.

GALIANA. JIMENA.

GALIANA. ¿Le escuchastes?

JIMENA. Sí.

GALIANA. ¡Qué afan!

¿Le oiste hablar de mi frente?...
¡Ay, Jimena! es tan valiente
como cortés y galan. (*Se dirije al fondo.*)

JIMENA. ¿Dónde vas?

GALIANA. ¿Dónde ha de ser?
Siguiendo voy sus reflejos...
quiero mirarle á lo lejos
mientras que se alcance á ver.

(*Sale Bradamante por donde antes se ocultó.*)

ESCENA XIV.

GALIANA. BRADAMANTE. JIMENA.

GALIANA. ¡Ah!

JIMENA. ¡Dios mio!

BRADAMANTE Galiana,
vete en pos de tu doncel...
antes que llegue con él
á encontrarme esta mañana.

GALIANA. ¡Qué es lo que dices!

BRADAMANTE Sí, sí.
Aunque estaba tan sujeto,
ya averigüé tu secreto,
ya soy dichoso.

GALIANA. ¡Ay de mí!

BRADAMANTE Y para mas alegria
hoy mi labio te pidió,
y tu padre me empeñó
su palabra, y serás mia.

GALIANA. ¡Tuya!... ¡no!... jamás...

BRADAMANTE ¿Jamás?
Pues bien, si á tu amante hallo...
á los pies de mi caballo
destrozado lo verás.

GALIANA. ¡Bárbaro!

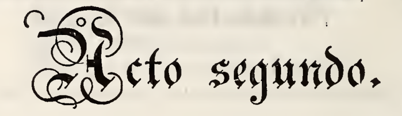
BRADAMANTE ¡Sí!... lo has de ver,
que no cedo en mi porfia;
Sultana, ó tú has de ser mia
ó de ninguno has de ser:

y al dueño de tu albedrio,
ya que de ello haces alarde,
le buscaré... Alá te guarde.
(*Vase por la puerta de la escalinata.*)

GALIANA. ¡Ah! (*Cae desmayada en los brazos de Jimena.*)

JIMENA. ¡Protéjela, Dios mio!

FIN DEL ACTO PRIMERO.



La misma decoracion alumbrada por la luna.

ESCENA PRIMERA.

ROLDAN. OLIVEROS. *Caballeros franceses.*

ROLDAN. Es preciso confesar
que se tratan estos moros,
amigo conde Oliveros,
mucho mejor que nosotros.

OLIVEROS. Es cierto, bravo Roldan,
son opulentos en todo;
pero bien lo pueden ser
con los agenos tesoros.
En esta tierra infeliz
do tantos hechos heróicos
se han visto, los africanos
han entrado como lobos,
y el descuidado redil
asaltaron de los godos.

ROLDAN. Sí, pobres godos, vendidos
por ese Conde ó demonio
que á estas horas estará

del infierno en lo mas hondo.
Y en tanto que esclavos gimen
en oscuros calabozos
los que un tiempo mas feliz
miró el mundo con asombro
en las revueltas batallas,
ved de estos perros rabiosos
la grandeza y poderio.
¿Cuándo tuvísteis vosotros
en vuestras tierras de Francia
ni en vuestros castillos góticos,
estos májicos jardines,
esos mármoles preciosos
ni esas brillantes techumbres
de nácares y de oro?
Envidia tengo, señores,
á fausto tan portentoso,
y estoy por ponerle fuego,
y hacer del palacio un horno.

OLIVEROS. Dios os tenga de su mano,
Roldan, porque sois muy loco
y muy capáz de incendiar
los dominios del Rey moro.

ROLDAN. Y tanto que si lo soy:
decidme, Conde, otro poco
y vereis en el palacio
las luminarias que pongo.

OLIVEROS. ¿Y tambien dareis al fuego
en vuestro tremendo enojo
las hermosuras que encierra
este palacio famoso?
Vamos despacio, Roldan,
y mirad que ya es notorio
que detras de alguna de ellas
se suelen ir vuestros ojos.

ROLDAN. Teneis razon, Oliveros,
me ha prendado de su rostro
lo sereno y apacible,
lo cándido y lo donoso.
Mas si yo la galanteo
es con el santo propósito
de ver si á la que es infiel

reduzco al gremio católico.

TODOS. ¡Já! ¡já!

ROLDAN. Señores, no es broma;
la verdad os dije solo:
demas que el príncipe Carlos
nos ha dado ejemplo á todos;
cuando él aqui se enamora,
¡ps! ¿qué hemos de hacer nosotros?

TODOS. ¡Cómo!...

ROLDAN. ¡Qué! ¿no lo sabeis?
Pues está de amor furioso
por la infanta Galiana.

OLIVEROS. ¿Y ella le quiere?

ROLDAN. Lo ignoro;
pero que le quiera ó no
eso, conde, importa poco.
Dejad que él me lo insinue,
y ya vereis vos qué pronto
me doy arte y me la llevo
sobre mi valiente potro,
aunque tenga que romper
dobles puertas y cerrojos.
Lo he jurado, y no hay remedio;
y ya de este ó de otro modo
he de jugar á estos bárbaros
en el centro de su emporio
alguna que de Roldan
cuenten los siglos remotos.

OLIVEROS. Para ayudaros en eso
disponed á vuestro antojo
de Oliveros, vuestro amigo,
aunque á vos os bastais solo.
Pero hagamos si os parece
una digna de nosotros.
Cuando volvamos de Córdoba
otra vez á estos contornos
abramos liza en Toledo...

ROLDAN. Sí, sí; Oliveros, apoyo.
Cuando volvamos triunfantes
cubiertos de gloria y polvo
citaremos al palenque
á los principales moros.

OLIVEROS. ¿Doble número... eh... Roldan?...
ROLDAN. Doble ó triple, me acomodo:
el caso es dejar memoria
de nuestra fuerza y arrojo.
(*Suena á lo lejos el preludio de una cancion.*)
¿Pero qué armoniosa música
por el aire vagaroso
á nuestros oidos llega?
OLIVEROS. La del bandolin sonoro
de Galaor.
ROLDAN. ¿El juglar
del príncipe?
OLIVEROS. Sí.
ROLDAN. Gran mozo.
Vamos á hacerle que cante
y que nos divierta un poco.
OLIVEROS. Plegue á Dios que le encontremos
en el laberinto humbroso
de estos jardines.
ROLDAN. Veamos:
¿quereis seguirme?
OLIVEROS. Sí, todos.
(*Vanse por el fondo, y canta dentro Galaor.*)
Una faz modesta y pura
y brillante como el sol,
ha enfrenado la bravura
y hecho esclavo á mi señor.
Fresca brisa, ve lijera
á llevarla esta cancion
que mi dueño aquí te espera
delirando con su amor.
(*Antes de concluirse la anterior estrofa, aparece doña Jimena sobre la escalinata de la izquierda, y apoyada en la barandilla, con la mayor atencion, escucha hasta el final.*)

ESCENA II.

DOÑA JIMENA.

Muy bien el rapaz compone
y con mucha claridad.
¿Si habrá la infanta escuchado
ese amoroso cantar?
Bien puede, que desvelada
toda la noche estará,
y esa dulce melodia
la habrá desvelado mas.
Protejeré estos amores
en pro de la cristiandad.
Ya el príncipe la enamora,
tanto mejor, bien está;
lo que yo alcanzar no pude
amor lo podrá alcanzar.
No me dirá el arzobispo
de Toledo la imperial,
que anduve en esta ocasion
poco entendida y sagaz.
(*Vuelve á preludiar Galaor.*)
Pero vuelven los preludios;
otra vez irá á cantar.
¡Qué bien en la noche humbria
y en medio esta soledad
esos acordados sones
derechos á el alma van!
Mas, no perdamos la música
del inspirado juglar.
(*Canta Galaor.*)
Fresca brisa, si á la aurora
aun no has vuelto á mi Señor
dile entonces á esa mora
que ha de piedra el corazon.
¡Vuela!... amparo de un amante
y no tardes, que en amor,

es un siglo cada instante
cuando duda el corazon.

JIMENA. Pronto esas dudas que ahora
tanto afligen al galan,
he de hacer con mi cuidado
que se tornen realidad.
Pero ¿cómo conseguirlo?
si con él pudiera hablar...
un bulto á lo lejos veo
que se encamina hácia acá...
¿será el príncipe? tal vez...
pero no, que es el juglar:
el bandolin á la espalda
y su picaresca faz,
me deja ver de la luna
la trémula claridad.
Aquí llega... á ver si logro
asi su atencion llamar... (*Tose.*)

ESCENA III.

DONA JIMENA. GALAOR.

GALAOR. (¿Una tos por las alturas?
Me alegro, buena señal.
Oyó las coplas... veamos...)
¿quién tose por ahí? ¿quién va?
JIMENA. Sosegaos, señor cantor;
quien tose es gente de paz.
GALAOR. ¿Sois vos la bendita dueña
de la princesa real?
¿Qué asunto, señora, os trae
á estas horas por acá?
Que estábais ya recojida
me figuré.
JIMENA. Y en verdad

que os figurásteis muy bien:
mas ¿quién puede reposar
al son de las cantinelas
amorosas que inventais?

GALAOR. No fué mi objeto, señora,
desvelaros, perdonad...
á saber que era importuno
callára.

JIMENA. Hiciérais muy mal;
porque cantais lindas trovas
y con mucha habilidad.

GALAOR. ¿Qué eso digais, buena dueña?
no me hagais lisonjear
por burlaros, con un mérito
que en mí no existió jamás.
Pero escuchad: yo quisiera,
si no lo tomais á mal,
hablar con vos un instante.
¿Pudiérais á aquí bajar?

JIMENA. ¡Jesus!... y que algun esclavo
nos viera, y luego... ¡no tal!

GALAOR. Pues bien, con vuestra licencia
yo subiré adonde estais.

JIMENA. ¡No por Dios!... eso seria
muy grande temeridad.

GALAOR. No alcanzo...

JIMENA. Estos escalones
no ha pisado hombre mortal,
porque de la infanta mora
al régio palacio dan.

GALAOR. Pues ello tiene que ser,
con que...

JIMENA. Prefiero bajar,
porque asi no hay tanto riesgo. (*Baja.*)
¿Qué me quereis?

GALAOR. Escuchad.
¿Habeis entendido bien
las coplas que poco há
tanto me habeis celebrado?

JIMENA. Con la mayor claridad.

GALAOR. Pues bien, sabed que esas trovas
han sido espresion cabal

del apasionado fuego
en que se siente abrasar
el príncipe mi Señor.

JIMENA. Y ¿qué quereis?

GALAOR. Claro está.
El príncipe Carlos quiere
que vos le ayudeis á dar
cima feliz á una empresa
que á todos conviene.

JIMENA. Hablad.

GALAOR. Ante todo es necesario,
Señora, que me digais,
si la infanta Galiana
escucha ó no con bondad
las serenatas de Cárlos...

JIMENA. ¡Cómo quereis que yo?...

GALAOR. ¡Va!
Vos sois confidenta suya...
decídmelo en puridad.

JIMENA. Que las escucha presumo
sin dar muestras de pesar:
el sueño esquiva en la noche...

GALAOR. Comprendo, no digas mas.
¿Pensais que será dificil
hacer á la infanta entrar
en la comunion cristiana?

JIMENA. ¿Con que el príncipe real
quiere enlazarse con ella?

GALAOR. No tendrá dificultad
si antes acepta el bautismo.

JIMENA. Yo no os lo puedo afirmar:
pero tengo confianza
en que la suma bondad
su incrédulo corazon
de ardiente fé llenará.

GALAOR. Pues es fuerza que con ella
y á la mayor brevedad
hable el príncipe.

JIMENA. ¡Imposible!

GALAOR. Si despacio lo mirais,
vereis los inconvenientes
cuán poco á poco se van.

JIMENA. Mas ¿cómo quereis que el príncipe
pueda subir hasta allá?
GALAOR. Pero puede la princesa
si quiere hasta aquí bajar.
JIMENA. Por aquí suele haber gente.
GALAOR. Tambien quien la espante habrá.
JIMENA. Es que alguien puede venir
que no se deje espantar.
GALAOR. ¿Quién Señora?
JIMENA. Bradamante.
GALAOR. Aunque fuera Satanás
á escape de aquí saliera
si aqui se atreviera á entrar.
Demas, que ora Bradamante
en Guadalajara está
buscando gente y caballos,
y hasta el alba no vendrá.
JIMENA. Sin embargo...
GALAOR. Y ¿no querreis
por este medio ganar
mayor espacio en el cielo?
Ved que se trata no mas
de aumentar la grey de Cristo.
JIMENA. Y para ello hay que arriesgar
algo siempre.
GALAOR. Sí señora.
JIMENA. Pues ya vereís.
GALAOR. Bien está.
Id por ella, que aqui puede
venir con seguridad.
JIMENA. Dénos el cielo su amparo.
GALAOR. No lo dudeis, sí dará.

(Vase Jimena por la escalinata izquierda.)

ESCENA IV.

GALAOR.

Gracias á Dios que vencí
de esta dueña la pavura:

creí pese á mi impaciencia
que no acabábamos nunca.
Voy á darle á mi señor
las nuevas de esta aventura;
y á fé que se ha de alegrar
como todo aquel que triunfa.
(*Observando por la derecha del fondo.*)
Pero... ¿quiénes se adelantan
entre la hojarasca ruda...
Oliveros y Roldan...
¿esos malditos qué buscan
á estas horas por aquí?
Veamos si desocupan
el campo presto.

ESCENA V.

GALAOR. OLIVEROS. ROLDAN. *Caballeros.*

OLIVEROS. Aquí está.
ROLDAN. Oye, fantasma nocturna;
hace una hora que perdidos
á traves de esa espesura
sin poder dar con tus huellas
vamos en pos de tu música.
GALAOR. Y ¿qué me quieren?
ROLDAN. Que cantes;
y que hagas tomar la fuga
á nuestro humor endiablado.
GALAOR. Bien, cantaré una por una
todas las trovas que sé
y cuantas mas se me ocurran.
ROLDAN. Pues principia.
GALAOR. No, aquí no.
Pláceme en la sombra oscura
dar al viento mis cantares
sin que nada me interrumpa.
Aquí hay mucha claridad,
y por aquí tal vez cruzan
esclavos que me dan tedio,

y moros que me repugnan.
Seguidme.

ROLDAN. En buen hora guia,
pero si alguno te insulta,
dímelo, y verás Roldan
qué cuenta dá de esa chusma.

(*Ván e por el fondo izquierdo. Un momento de pausa y salen por debajo de la escalinata Bradamante y moros envueltos en alquiceles.*

ESCENA VI.

BRADAMANTE. *Moros.*

BRADAMANTE No hay nadie, seguidme todos.
(*Recorre la escena con la vista.*)
¡Oh!... ¡qué calma tan profunda!
ni aun los suspiros del aura
en este jardin se escuchan.
Mas no sé qué de siniestro
toda esta quietud me anuncia,
ni por qué hierve la sangre
que por mis venas circula.
Acaso el doncel cristiano
saldrá á rondar la hermosura
por quien este corazon
se ajita en perpétua lucha...
Mas yo velaré sin tregua
hasta que las sombras huyan,
y asi lograré calmar
el tormento de mis dudas.
Oidme todos. Ninguno,
aunque el palacio se hunda,
en tanto que yo no llame
ni se mueva ni me acuda.
(*Vánse por el fondo derecho.*)

ESCENA VII.

GALIANA. JIMENA *descendiendo por la escalinata izquierda.*

JIMENA. Ven.
GALIANA. ¡Jimena!... ¡qué congojas!
¿Está?...
JIMENA. No.
GALIANA. Pues ruido siento...
JIMENA. Será el murmullo del viento
que ajita las verdes hojas.
GALIANA. ¿Cómo es si con tanto afan
verme anhelaba, no acude?
JIMENA. No asi tu impaciencia dude
tan pronto de ese galan.
Tal vez por hablarte al fin
sin obstáculo ninguno,
viendo estará si el jardin
oculta á algun importuno.
GALIANA. Sí, sí: mas si llego á ver
volar la esperanza mia...
JIMENA. Y ¿qué esperanzas tenia
la infanta Galiana ayer?
GALIANA. Ninguna; tienes razon.
JIMENA. De todo siempre dudando
al cielo ofendes... ¡Oh!... ¿cuándo
habrá fé en tu corazon?
Ayer sin tranquilidad
llanto tus ojos vertian:
tus jemidos se perdian
en medio esta soledad.
Y nadie te respondió:
solo en tanto desconsuelo
cuando rogastes al cielo
fué el cielo el que te acudió.
GALIANA. Sí, Jimena: es la verdad.
Yo creo y la frente inclino

ante ese genio divino
que reina en la inmensidad.
El solo y de tal manera
dolido de mi afliccion,
este inquieto corazon
asi consolar pudiera.
Soy tuya, dispon de mí,
que para siempre acepté
vuestra relijion y fé.

JIMENA. ¿Es cierto?

GALIANA. Jimena, sí.
Es imposible que yo
pueda desde hoy vacilar
entre el que me hizo llorar
y entre el que me consoló.
A tí te lo debo, á tí.
¿Cómo alcanzar de otro modo...

JIMENA. Podrás alcanzarlo todo
mientras que pienses así.
Premiada está mi fatiga
pues ya te miro cristiana...
y asi como yo, Galiana,
el Hacedor te bendiga.

GALIANA. ¡Ay!... sí lo espero, Jimena;
mas... tranquiliza mi alma,
¿vendrá á interrumpir la calma
de esta noche tan serena
el zeloso Bradamante?

JIMENA. No puede venir, señora,
hasta despues de la aurora;
nada te aflija ni espante.

GALIANA. ¡Oh! tiemblo solo al pensar
que aquí aparecer pudiera
y en tal soledad me viera...
¡vámonos!...

JIMENA. ¿No has de esperar
al que tu esposo ya es?

JIMENA. ¡Ah!... tarda mucho...

GALIANA. ¿Has oido?

JIMENA. ¡Qué!...

GALIANA. En la espesura hay ruido...
son pasos...

GALIANA. ¿Será?...

(*Aparece Carlos por la izquierda del fondo.*)

JIMENA. ¿Lo ves?...

(*Sale Jimena al encuentro del príncipe.*)

ESCENA VIII.

GALIANA. CARLOS. JIMENA.

GALIANA. (¡Ay de mí!)
JIMENA. Vamos, Señor,
alli aguardándoos está;
ved que pronto asomará
de la mañana el albor,
Con que hablad poco por hoy
que está la noche espirando.
CARLOS. Bien.
JIMENA. Yo en tanto aquí velando
por si alguien se acerca estoy.

CARLOS. ¡Ah!... bien haya mi fortuna
que tras tanto padecer
tu rostro me deja ver
al resplandor de la luna.
¿Es cierto princesa, dí,
que ya no me oculta el velo
tu claro y hermoso cielo?
¡Oh!... ¡cuán bella estás así!
GALIANA. ¡Martello, calla!
CARLOS. ¿El temor
en este instante supremo
miro en tu faz?...
GALIANA. Es que temo
á tus palabras de amor.
Tú fascinas mis sentidos,
pues cuando hablándome estás...
dices cosas que jamás

llegaron á mis oidos.

CARLOS. Es que nadie como yo
desde que vives aquí,
con tan ciego frenesí
bella princesa, te amó.
Tampoco yo, que he corrido
sediento de amor y guerra
con mis banderas la tierra,
tanto amor nunca he sentido.
Hasta que la suerte mia,
por venir solo á las manos
con tus bravos africanos,
me trajo á Toledo un dia.
¿Te acuerdas, Galiana, dí,
de lo que entonces Toledo
me vió hacer? pues tal denuedo
á tí te lo debo, á tí.
Porque en aquella reunion
eras tú, ¡sol de ventura!
por derecho y hermosura
la reina de la funcion.
¿No viste á los que lidiaron
conmigo, que todos fueron,
cuán pronto á mis pies cayeron
y sobre el polvo rodaron...
y cuán poco me cuidaba,
siguiendo tu viva lumbre,
del aplauso que me daba
la espantada muchedumbre?
Pues era que en la llanura
y en medio tantos despojos
solo jiraban mis ojos
para mirar tu hermosura.
Y no fué vano mi anhelo
porque adiviné despues
tu imagen pura á través
de los pliegues de tu velo.
¡Oh!... jamás de mi memoria
podrá borrarse aquel dia
en que logré, vida mia,
tanto amor y tanta gloria.

GALIANA. Un año de eterno afan,

y hecho esclavo el alvedrio...
tampoco del seno mio
estos recuerdos se irán.

CARLOS. ¡Qué dices!... ¿tambien Galiana
ha estado pensando en mí
todo un año?...

GALIANA. Cárlos sí...

CARLOS. ¡Ah!...

GALIANA. Desde aquella mañana,
que tan bella se mostró
á mis ojos siempre tristes:
mañana en que tú venciste
á los que nadie venció:
y en que tanta multitud
saludó tu fuerte espada
con gritos mil, espantada
de tu esfuerzo y juventud,
yo tambien al verte ufano
allá á mis solas decia...
bien haya tu bizarria,
bendígate Alá, cristiano.
¡Mas ay!... salistes de allí
con tu gloria y arrogancia
para tu reino de Francia,
y esclava quedé yo aquí.
Sin esperanza ninguna
busqué alivio á mis dolores
en las aves, en las flores,
y en la misteriosa luna...
y todas compadecian
el afan que me mataba,
mas... por tí les preguntaba
y nada me respondian.
Un año, un año pasé
en este dolor contino,
hasta que el favor divino
de vuestro Dios imploré.
¡Oh!... no olvidaré jamás
lo pronto que me acudió...
ya mi fatiga pasó,
te he visto, y no quiero mas.

CARLOS. ¿No mas... no mas?...

GALIANA. No.
CARLOS. Sí, sí,
no habrá entre los dos distancia,
no quiero volverme á Francia
si te has de quedar aquí.
¿A qué me trajo el azar?
¿á qué tu amoroso fuego
á Dios elevó su ruego?
¿para volver á llorar?
¡No!... y el cielo me es testigo
de que á Francia has de venir...
¡Sultana!... quiero partir
mi sólio imperial contigo.
GALIANA. Y de una reina africana
tus vasallos ¿qué dirán?
CARLOS. Mis francos acatarán
mi voluntad soberana.
El que sus armas llevó
por do quiera á la victoria;
el que de honor y de gloria
sus pabellones cubrió;
el que en breve dejará
por ellos sus patrios lares
y luengas tierras y mares
por ellos conquistará,
sabrá imponerles la ley
del Sena allá en las orillas,
y acatarán... de rodillas
la voluntad de su rey.
Pero ellos, bella Sultana,
sin violencia, sin ultraje,
le prestarán homenaje
á tus hechizos, Galiana.
Porque el cielo te escojió
para que ciñas corona,
y á mí de Francia me abona,
que soy su esperanza yo.
GALIANA. Bien, separémonos ya.
Ten cuidado en adelante
con el feroz Bradamante
que en zelos ardiendo está.
CARLOS. Y ¿qué me importa su hoguera?

Muy mal hace ¡vive Dios!
si piensa que entre los dos
puede servir de barrera.

JIMENA. (*Llegando apresuradamente.*)
¡Pronto!... que á lo lejos veo
venir gente.

GALIANA. ¿Aquí?

JIMENA. Sí á fé.

CARLOS. Y ¿quiénes son?

JIMENA. No lo sé,
esclavos ó guardas, creo.

CARLOS. Vete, sí; que ya es razon:
pronto de mí tendrás nuevas,
y no olvides que te llevas
cautivo mi corazon.

GALIANA. Trocamos el albedrio,
y de igual modo te arguyo;
pues si yo me llevo el tuyo
tú te quedas con el mio.

CARLOS. Adios...

JIMENA. Que van á venir.

CARLOS. ¿Cuándo he de verte?

GALIANA. Mañana.

(*Suben y desaparecen por la escalinata izquierda, y sale Bradamante por el fondo derecho.*)

ESCENA IX.

CARLOS. BRADAMANTE.

BRADAMANTE (Esa es la voz de Galiana...
en pos de ella quiero ir.)

CARLOS. Atrás moro, ¿á dónde vas?

BRADAMANTE Y ¿quién eres tú, cristiano,
que sin conocerme, ufano
pretendes volverme atrás?

CARLOS. Con ese tono arrogante
me das á entender quien eres,
mas... por lo mismo no esperes
que ha de pasar Bradamante.

BRADAMANTE ¿Y de Bradamante al nombre
espantado no te alejas
y libre el paso me dejas?
CARLOS. Nada hay en tí que me asombre,
que no cede á tu arrogancia
tan conocida en Toledo,
ni á tu pujante denuedo,
Carlos Martello de Francia.
BRADAMANTE ¿Tú Martello mi rival?
CARLOS. Yo el príncipe Carlos, sí.
BRADAMANTE ¿Y estabas hablando aquí
con la Sultana?
CARLOS. Cabal.
BRADAMANTE Audaz eres.
CARLOS. Sí, pardiez.
BRADAMANTE Pues á tu audacia importuna
puede ser que la fortuna
le vuelva el rostro una vez.
CARLOS. No imploro su proteccion;
pues para lidiar contigo,
están, y bastan, conmigo,
mi brazo y mi corazon...
BRADAMANTE Desde que te ví te odié,
te lo digo sin rebozo,
pero al mirarte tan mozo
por débil te desprecié.
Mas ya que á mi encuentro osaste
salir con audacia tanta,
cristiano, harás que mi planta
como á un insecto te aplaste.
CARLOS. Estás dado á Belcebú
con tus zelos; pero advierte
que ya conduje á la muerte
á otros mas bravos que tú.
Tal vez se trueque en espanto
tanto valor, tanto fuego:
tal vez en el campo luego
de tí no presumas tanto.
BRADAMANTE ¡En el campo!... aquí ha de ser.
Ya que te atreves conmigo,
quiero aquí darte el castigo.
Quiero que al amanecer

la que amas con tal pasion,
la que embellece tu idea,
tu yerto tronco aqui vea,
tu cabeza en su balcon.

CARLOS. Ven por ella, que en verdad, (*Saca la espada.*)
por la tuya voy ahora.

BRADAMANTE Tú no verás de la aurora
la próxima claridad. (*Riñen.*)

CARLOS. Defiéndete...

BRADAMANTE De eso cuida
y cumple como los buenos.

CARLOS. Jamás he temido menos,
Bradamante, por mi vida.

(*Suspenden por un momento al escuchar lejano ruido de armas, que instantáneamente se va acercando.*)

¿Qué es esto?

BRADAMANTE No sé...

CARLOS. Por Dios,
que hay gentes en el jardin.

BRADAMANTE Y qué te importa si al fin
de la muerte vas en pos?...

CARLOS. Pues volvamos...

BRADAMANTE Pronto, sí.

CARLOS. Terreno pierdes.

BRADAMANTE No á fé.

CARLOS. Míralo.

BRADAMANTE Lo ganaré
mal que te pese...

CARLOS. No asi.

(*Salen por el fondo derecho los moros de Bradamante acuchillados por Roldan, Oliveros y algunos franceses.*)

ESCENA X.

CARLOS Y BRADAMANTE. ROLDAN OLIVEROS.
Franceses. Moros.

ROLDAN. Asi va bien, Oliveros:
dejadme y no tengais pena,
tender hasta una docena

de estos perros...

(*El Rey por el fondo izquierdo, con esclavos que traen luces, y cesa la lucha.*)

ESCENA XI.

EL REY. CARLOS. BRADAMANTE. ROLDAN. OLIVEROS. *Moros. Franceses. Esclavos.*

REY. ¡Ah guerreros!
¿Asi con tan fiero encono
malgastais vuestra pujanza?
Decidme ya ¿qué esperanza
tendrá en vosotros mi trono?
Cuando aquí encendiste ya
de vuestros odios la hoguera,
¿quién en vosotros espera?
en el campo ¿qué será?
Vuestras palabras creí:
vuestro socorro acepté,
y con vuestro brazo y fé
seguro mi triunfo ví.
Pero mi engaño contemplo
al veros tan enojados...
¡ah!... ¿qué harán vuestros soldados
si aquí les dais ese ejemplo?
De vuestro rencor en hombros
id al campo, me es igual,
que Toledo la imperial
se hundirá entre sus escombros.

CARLOS. Rey de Toledo, yo dudo
si te he faltado á la fé.
Vengarte una vez juré
sobre la cruz de mi escudo,
y en tanto que tenga aliento
este fuerte corazon,
no perderé la ocasion
de cumplir mi juramento.
Pero aquí llegué á escuchar
ofensas á mi decoro

y como noble ¡Rey moro!
aquí las quise vengar.
Es cierto que en tu defensa
está empeñado mi acero:
pues bien, serás tú primero,
mas despues será mi ofensa.
Y para entonces te pido
de tus vasallos delante,
un duelo con Bradamante.

REY. No, príncipe: da al olvido
lo que tanto te ofendió...

CARLOS. ¡Sin repararlo, jamás!

REY. Te habrá enojado quizás
sin pretenderlo...

BRADAMANTE ¡No, no!...
supe bien lo que me hacia,
y á ese cristiano mancebo
si lo olvidára... de nuevo
cien veces le injuriaria.

CARLOS. Ya lo oyes; entre los dos
amistad no puede haber:
ni él cede, ni he de ceder,
proteja á quien quiera Dios.
(*Suena un clarin á lo lejos.*)
Mas ya la luz de la aurora
por los montes se derrama,
y el marcial clarin me llama
en defensa tuya ahora.
El primero saldré, sí:
y en tanto que la pelea
dudosa ó contraria sea,
lidiaré solo por tí.
(*A los franceses.*)
Vamos contra el cordobés
á cumplir lo prometido...
(*A Bradamante.*)
Tú ya me habrás comprendido:
nuestra venganza, despues.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

Salon árabe en el palacio de Galiana: á la derecha un balcon; en el fondo arcos y columnas repetidas todo lo que permita el escenario.

ESCENA PRIMERA.

EL REY *cerca del balcon mirando afuera.*

¡Oh! ¡cuántas veces he visto
del sol los ardientes rayos
reflejar su viva lumbre
sobre las aguas del Tajo,
desde que unidas las armas
de los árabes y francos
á las fronteras del reino
en mi defensa volaron!
Y ¡cuántas tambien mis ojos
con avidez se han clavado
en ese limpio horizonte
que allá á lo lejos alcanzo,
alguna nueva feliz
en su inmensidad buscando...
y nada, ¡pese á mi estrella!
¡feliz mi adverso encontraron!

No entre tanta incertidumbre
estuviera yo esperando
solitario entre estos muros
como un cobarde encerrado,
si del ardor juvenil
sintiera otra vez mi brazo
el influjo que le niega
el hielo de tantos años.
Mas ¡ay de mí! aquellos dias
para no volver pasaron,
y apenas una memoria
de lo que fuí me han dejado.
¿Aquel es Omar?... Sí, sí;
y aqui con veloces pasos
se encamina... ¿si traerá
algunas nuevas del campo?
¡Quién sabe!... los corredores
puede ser que hayan llegado
anunciando de mis armas
el triunfo... mas, ¡si me engaño!
si fuese de una derrota...
¡con cuánta ansiedad le aguardo!

ESCENA II.

EL REY. OMAR.

REY. Llega, Omar, habla, ¿tú vienes
á tu monarca buscando?
OMAR. Déjame, Rey de Toledo,
que en tu presencia humillado,
y antes de darte las nuevas
tan venturosas que traigo,
bese el polvo que levantas...
REY. Alza, Omar, yo te lo mando.
¿Con que tan felices son?
OMAR. En este momento acabo
de escuchar á Abenhamet
del campamento enviado,
y dice que nuestras armas

al cordobés destrozaron.

REY. ¡Oh! ¡qué me cuentas, amigo!
Dióme el Profeta su amparo...
de hoy mas la imperial Toledo
no temerá á sus contrarios.

OMAR. Completa fué la victoria
que los nuestros alcanzaron.
Valientes por vida mia
los árabes y los francos
en esta brillante empresa,
como jamás han estado.

REY. ¿Y quién llevó la ventaja
entre el uno y otro bando?

OMAR. Ninguno, Rey, la fortuna
partió su favor entre ambos.
Lanzó el fiero Bradamante
al cordobés sus caballos,
y le arrancó tres banderas
y do quier llevó el estrago.
Y á la vez las francas lanzas
y de ellas al frente Carlos,
acometieron con ímpetu,
y dos banderas, bizarros,
con el pendon del imperio
al cordobés le arrancaron.

REY. ¡Cómo!... ¡el pendon imperial
cayó tambien en sus manos!

OMAR. Sí, tambien; y confundido
de estéril rabia bramando,
el feroz Abderrahaman
con los restos destrozados
de su ejército hácia Córdoba
veloz dirije sus pasos.

REY. ¡Oh, Alá bendito!... Mis huestes
en el combate has guiado,
para que yo no descienda
hasta el sepulcro, llevando
la maldicion de los pueblos
que me estan encomendados.

OMAR. Alá es justo, y no podia
abandonarte al acaso,
porque eras tú el ofendido,

tus pueblos los agraviados,
y Abderrahaman orgulloso
el que quiso encadenarnos.
Ya vienen tus vengadores
hácia Toledo marchando,
y es fuerza que la ciudad
que á su valor debe tanto,
hoy los reciba en su seno
con toda pompa y aplauso.

REY. Sí, sí los recibirá
con el opulento fausto
que desplegar acostumbra
el imperio toledano.
Vé allá á disponerlo tú,
y todo esté preparado
para el momento en que lleguen:
no tardes, que yo entre tanto
voy á calmar de Galiana
el temor y sobresalto.

OMAR. Aqui llega.

REY. Su ventura
ya no me inspira cuidados.

(Vase Omar por la derecha, y sale por la izquierda Galiana con sus esclavas, que se quedan en el fondo.)

ESCENA III.

REY. GALIANA. ESCLAVAS.

REY. Ven, que Toledo triunfó:
deja la pena importuna,
que hoy sin tasa la fortuna
sus dones me prodigó.

GALIANA. ¿Vencieron tus armas?

REY. Sí;
vencieron mis escuadrones,
y los contrarios pendones
se arrastrarán por aquí.

GALIANA. ¿Y acaso en la lid pujante
de los nuestros murió alguno?

REY. No, de los gefes ninguno.

Bien ha estado, Bradamante;
su lanza de las primeras
en la horrenda lucha entró,
y al cordobés arrolló,
ganándole tres banderas.
No en vano de su denuedo
al darme palabra y fé
de combatir, esperé
la salvacion de Toledo.

GALIANA. Es decir que en la jornada
ganó intrépido, arrogante,
toda la prez Bradamante...
¿y el príncipe Carlos nada?

REY. No, Galiana, que el laurel
ciñó allí de eterna gloria,
y el honor de esta victoria
tendrá que partir con él.
Porque el Príncipe real
tan feliz como arrojado,
dos banderas ha ganado
con el pendon imperial.

GALIANA. ¡Ah!... ya lo esperaba yo
en mi afanoso desvelo,
porque al príncipe Martello
nadie en pujanza igualó.
¿Recuerdas bien su bravura
cuando tras largo camino
á ser en las justas vino
paladin de mi hermosura?

REY. Sí, sí; y en la mente mia
siempre fijas estarán
de ese bravo capitan
las hazañas de aquel dia.
Mas hoy que tranquilo puedo
pensar en tu suerte, hermosa,
porque hoy libre y poderosa
alza su frente Toledo,
antes que llegue á rendir
al gran Alá estrecha cuenta
de mi vida, escucha atenta
lo que te voy á decir.
Para hacer frente al encono

y de otros reyes vencer
las huestes, ha menester
de un brazo fuerte mi trono.
Y cuando ya hácia occidente
camina mi edad estrema,
y apenas la real diadema
sostener puede mi frente,
nada de un trémulo anciano
mi reino puede esperar,
pues ya no puede vibrar
el asta fuerte mi mano.
Tú, que el derecho, hija mia,
de sucederme te alcanza,
eres la única esperanza
que resta á mi monarquia.
Y si un guerrero le dás
que con bravura la mande,
rica, poderosa, grande,
con el tiempo la verás.
Entre tantos vencedores
que hoy juntos verás aquí,
uno de ellos escojí
para tí de los mejores.
Ya lo verás: hoy triunfante
parecerá ante tus ojos
lleno de ricos despojos...

GALIANA. ¿Escojiste á Bradamante?

REY. Ese es el que mas derecho
á mi reino tiene aquí.

GALIANA. ¿Tu palabra diste?

REY. Sí.

GALIANA. ¡Qué has hecho, padre, qué has hecho!

REY. ¡Cómo!... Galiana... ¿por qué
tanta sorpresa y espanto?
¿Por qué en abundoso llanto
inundas tu faz?... No sé...

GALIANA. ¡Ah, buen Rey!... ten compasion
de Galiana, y de repente
no lances sobre mi frente
tu paterna maldicion.
En todo el reino moruno
no encontrarás, padre mio,

á quien darle mi albedrío...
no puedo ser de ninguno.

REY. ¡Qué dices!... ¡habla!...

GALIANA. Sí, sí;
mas si al oirme te aflijes,
advierte que tú lo exijes
y que yo te obedecí.
Yo desde ahora le cedo
sea quien quiera el elejido,
mi derecho establecido
á tu trono de Toledo.
Renuncio desde este dia,
aunque el oirlo te asombre,
á la alteza de mi nombre,
y á rejir tu monarquía:
que ya nada á Galiana
aqui le resta que hacer...
porque ha recibido ayer
el bautismo de cristiana.

REY. ¡Qué! ¡Tú cristiana!

GALIANA. A fé mia,
como de escucharlo acabas:
me cuenta entre sus esclavas
la inmaculada Maria.

REY. ¡No escuchen mas mis oidos
del Profeta en tanto agravio
lo que pronuncia tu labio!
¿Quién fascinó tus sentidos?

GALIANA. No obró la fascinacion,
que de ella no es menester
para obligar á acojer
lo que anhela el corazon.

REY. ¿Y en el dolor, Galiana,
no pensaste de tu padre?

GALIANA. ¿Por qué ese dolor? Mi madre
¿no fué como yo cristiana?

REY. Pues bien; sufrirás la ley
que tú misma has aceptado.
Tú la esperanza has burlado
de tu padre y de tu rey.

GALIANA. ¡Piedad'... señor...

REY. ¡Tú cristiana!

cuanto me has dicho y has hecho,
esconde bien en el pecho:
nadie lo sepa, Galiana.
Déjame, y á mi presencia
no vuelvas, huye de aquí,
traidora, y lejos de mí
vete á esperar tu sentencia.

GALIANA. ¡Me destierras!...

REY. ¡Te maldigo!
porque tu infamia declaras...
Jamás esperé que usaras
de tanto engaño conmigo.

GALIANA. Y ¿lloras, padre!...

REY. En verdad
que el llanto mi rostro quema...
¡esta desventura estrema
restaba á mi ancianidad!

GALIANA. ¡Perdon!

REY. ¡Jamás!... no lo esperes
por mas que un punto aflijido
de tu locura dolido
asi llorando me vieres.

GALIANA. Yo siempre te adoraré
aunque me alejes de aquí,
yo siempre al pensar en tí,
tu nombre bendeciré.

(*Suenan á lo lejos músicas militares, mezcladas con las voces del entusiasmo popular.*)

REY. ¿Oyes?

GALIANA. ¡Ah!

REY. Llegó el instante.
¿Escuchas ese rumor
que aplausos da al vencedor?
pues ahí vendrá Bradamante.
Muy pronto aquí le veré,
y á exijir vendrá de mí
la palabra que le dí...
y ¡qué le responderé!

GALIANA. Te escuchará sin encono
si Rey le nombras mañana,
porque mas que á Galiana
lo que ambiciona es tu trono.

REY. Vete, porque alguien aquí
se acerca...

GALIANA. ¡Cuánto padezco!
Adios, padre... te obedezco.

REY. ¡Qué es lo que pasa por mí!

(Vase Galiana por la izquierda seguida de sus esclavas, y sale Omar por la derecha.)

ESCENA IV.

EL REY. OMAR.

OMAR. Ya se halla, Rey de Toledo,
dentro de los fuertes muros
de tu ciudad imperial
de los vencedores uno.

REY. ¿Cuál de ellos es?

OMAR. Bradamante,
y orgulloso con el triunfo
á tu palacio se acerca
entre el popular tumulto.

REY. En buen hora el vencedor,
de los creyentes orgullo,
venga á Toledo, y reciba
el merecido tributo.
¿Dónde el príncipe quedó?

OMAR. Del campo salieron juntos,
y aunque tomó otro camino
ya no puede tardar mucho.

REY. Pues tan luego como lleguen,
que vengan, Omar, al punto,
que el Rey quiere demostrarles
su gratitud como es justo.

ESCENA V.

EL REY.

¡Ay de mí! que en vano, en vano
dar al olvido procuro
de la infanta Galiana
el torpe, horrible perjurio.
Ya solitario desde hoy
cual si habitara el sepulcro,
no veré de mi linaje
en torno mio á ninguno...
¡que todas mis esperanzas
huyeron ¡ay! como el humo!

(*Salen Omar y Moros de la servidumbre del Rey. Despues Bradamante con su séquito de guerreros, conduciendo tres banderas.*)

ESCENA VI.

EL REY. OMAR. BRADAMANTE. *Moros y Guerreros.*

REY. ¡Salud al vencedor!
BRAD. Gloria á tus armas
que en breve domarán el ancho mundo.
Alá nos protejió, Rey de Toledo:
bajo la sombra de su fuerte escudo
el combate empezó, y en tus fronteras
quedó vencido el cordobés orgullo.
Esas banderas que á tus pies arrojo
testigos son de la victoria mudos,
y ora la tierra, á la ciudad del Tajo
humilde rinda vasallaje y culto.

(*Levanta Omar las banderas y las entrega á los de la servidumbre.*)

REY. Sí rendirá mientras por ella vele
un guerrero cual tú. Yo te saludo

invencible adalid: por tí mi trono
sobre un cimiento fijaré seguro.
Quiero que seas por tus altos hechos
en mis vastos dominios el segundo,
y el primero serás cuando la muerte
hunda mi cuerpo en su recinto oscuro.

BRAD. Ya sabes mi ambicion á donde llega.
¡Monarca!... no es tu trono lo que busco;
otro es el premio que anhelante aguardo,
y mejor no hallarás otro ninguno.
Por él no mas, por alcanzarlo un dia
lanceme audaz en el combate rudo.

REY. Te comprendo... pero ¡ay!... que tú no sabes
lo que el destino á mi pesar dispuso.

BRAD. ¡Qué dices! ¿Por ventura arrepentido...

REY. ¡No acabes, Bradamante...

BRAD. Pues... ¿qué pudo...

REY. No olvides nunca que el monarca moro
jamás en sus palabras fué perjuro.
Otra es la causa que decir no puedo...
súfrela noble, como yo la sufro.

BRAD. ¿Ella, tal vez, con sin igual enojo
á mi esperanza su desden opuso?...
mas yo que lo que alienta su desvío
aquí en el alma con razon presumo,
derribaré con mi potente brazo
lo que ella juzga inespugnable muro.

REY. ¡Jamás!... no puede ser...

BRAD. Lo verás pronto
que siempre yo lo que prometo cumplo.

(Vuelven á oirse las músicas y algazara esterior.)

¿Escuchas esos vítores y aplausos
que le tributa al vencedor el vulgo?
pues ahí en breve encontrarás la causa,
cuyo esterminio te prometo y juro.

REY. No te comprendo, Bradamante.

BRAD. Deja
que el heroe franco los despojos suyos
altivo te presente, y de este arcano
el misterio sabrás.

REY. Mucho lo dudo.

(Salen Carlos con el pendon real de Córdoba. Roldan y

Oliveros cada uno con una bandera enemiga; y guerreros de Francia.)

ESCENA VII.

EL REY. CARLOS. BRADAMANTE. OMAR. ROLDAN. OLIVEROS. *Guerreros franceses y Moros.*

REY. Sulud al heroe francés
que con sin igual denuedo,
hizo triunfar á Toledo
del imperio cordobés.

CARLOS. Los que vengarte juraron
de tanta opresion y afrenta,
en medio la lid sangrienta
con ímpetu se lanzaron.
Todos lidiando, la gloria
lograron por varios modos,
no solo al francés, á todos,
debes, señor, la victoria.
Yo sí, mas afortunado,
aunque con audacia mucha,
en la trabajada lucha
mas despojos he sacado.
Porque en el cuartel real
sembrando la muerte entré,
y esas banderas gané,
y este pendon imperial.
Tómalas, que tuyas son:
tus enemigos se hundieron;
cumplí lo que te ofrecieron
mi brazo y mi corazon.

REY. Sí, con largueza infinita
hais colmado mis deseos.
Vuestros preciosos trofeos
colocaré en la mezquita,
y como una espresion fiel
de mi afecto, la hermosura
premiará vuestra bravura
con el glorioso laurel.

Tú, que en pos de nuevas guerras
sediento de triunfos vas,
y en breve príncipe irás
á coronarte á tus tierras,
¿qué quieres llevar de aquí
en homenaje á tu brio?
Cuanto hay en el reino mio
no es bastante para tí.

CARLOS. Sí, monarca; sí hay bastante.

REY. Pues habla y en mí te fia...

CARLOS. Lo que me ofreciste un dia,
un duelo con Bradamante.

REY. ¡Qué dices! ¿Horas tan bellas
para un duelo destinasteis?
Con la gloria ¿no olvidasteis
vuestras antiguas querellas?
El que un tiempo reclamó
vuestra ayuda protectora,
lidiar frente á frente ahora
no puede dejaros, no.

BRADAMANTE ¡Rey de Toledo!... sí á fé;
porque si te opones... dentro
de tu palacio, al encuentro
de su arrogancia saldré.
Vencer á un rival desea,
mas no lo podrá alcanzar.
Venga conmigo á lidiar
donde Toledo nos vea..

CARLOS. Al palenque, vamos, sí:
do quiera te seguiré,
y allá en su arena abriré
ancha fosa para tí.

REY. Ora en toda su estension
por lo que os estoy oyendo,
bien vuestro enojo comprendo...
no hay medio, teneis razon.
No puedo oponerme mas,
y aunque el decirlo me aflija...
seguidme...
(*Bajo á Omar.*) Escucha, á mi hija
en una torre pondrás.

(*Vanse todos por el fondo derecha y aparecen por la iz-*

quierda doña Jimena, que queda un momento viendo como se alejan.)

ESCENA VIII.

DOÑA JIMENA.

Por la cruz del Salvador
que á lidiar van... ¡aquí es ella!
Si ese feroz Bradamante
da con el príncipe en tierra...
á Galiana y á mí
entonces... ¿qué nos espera?
No hay que dudarlo, el martirio:
seguramente nos llevan,
como es uso de estos perros,
á perecer en la hoguera.
¡Oh!... si alguno ha de morir
en esa lucha sangrienta,
duélete de nuestro afan,
tu brazo, Señor, defienda
á ese príncipe cristiano,
que en pró de la cruz pelea.
Mas si mis votos no escuchas,
porque escucharlos no debas...
cúmplase tu voluntad
en los cielos y en la tierra.
Pero con veloces pasos
Galiana aquí se acerca.
Si del peligro informada...

ESCENA IX.

GALIANA. DOÑA JIMENA.

GALIANA. ¿Dónde te ocultas, Jimena?
¿por qué cuando mas te llamo
mas de mi lado te alejas?

JIMENA. Curiosa vine hácia aquí
para escuchar las proezas,
que de los dos vencedores
hoy corren de lengua en lengua.

GALIANA. ¿Vistes al príncipe?

JIMENA. Sí.
Vile entregar las banderas
que con su arrojo ha ganado
á las huestes cordobesas.

GALIANA. ¿Y dónde está?...

JIMENA. No lo sé...
ora salieron á fuera...
mas tranquilízate, pronto
dará á palacio la vuelta.

GALIANA. ¿Qué van hacer en Toledo
terminada la pelea?
¿Por qué, Jimena, á la sombra
del palacio en que se albergan,
estando tan fatigados
al descanso no se entregan?
No sé que vago temor
mi corazon desalienta,
ni por qué do quier me asaltan
apariciones siniestras,
con cuyas horribles formas
mi pobre seno amedrentan.

JIMENA. No debilites tu espíritu
con esas vagas quimeras,
que solo en la mente tuya
abrigo y formas encuentran.
Deja trascurrir las horas,
que otras vendrán mas serenas
que la paz y la ventura
á tu corazon devuelvan.

GALIANA. ¡Quién sabe, Jimena mia,
las aflicciones acerbas
que á la infeliz Galiana
los altos cielos reservan!
En este sitio á mi padre
le ha revelado mi lengua
que ya de la fé cristiana
mi espíritu se alimenta,

y al oirme el noble anciano,
el alma de enojo llena,
su paterna maldicion
lanzó sobre mi cabeza.
«¡Huye de aquí, dijo airado,
vete á esperar tu sentencía.
De tu padre y de tu Rey
que te aborrece y detesta,
con un perjurio has burlado
las esperanzas postreras!»
Y aquí esperando me tienes
que su voluntad suprema
disponga de la perjura...

JIMENA. Galiana, fortaleza,
valor, porque asi se gana
la felicidad eterna.
Y ¿quién sabe si algun dia
en vez de la real diadema
en tu frente, de los mártires
la aureola resplandezca?

GALIANA. Puse en Dios mi confianza:
para todo estoy dispuesta,
ya me fulmine sus rayos
para probar mi entereza;
ó ya consuelos me envie
para premiar mi paciencia.
Pero... ¿oyes?... rumor de pasos
hasta mis oidos llega...
y vienen por esa parte...

(*Se dirije Jimena al fondo y observa por la derecha.*)

¿Quién es?

GALIANA. Galaor.

JIMENA. ¡Que venga!
tal vez en nombre de Carlos
vendrá á darme algunas nuevas.

ESCENA X.

GALIANA. JIMENA. GALAOR.

JIMENA. Llegad, señor trovador,
que alli anhelante os espera
la que buscando venis.
GALAOR. ¿Me dais señora licencia...
GALIANA. ¿Del príncipe vienes?
GALAOR. Sí.
A vos, que la clara estrella
del príncipe Carlos sois
desde que vino á esta tierra,
con un mensaje me envia
de su amor segura prenda.
GALIANA. ¿Qué te ha mandado decirme?
Habla, sí, no te detengas.
GALAOR. De esta banda recamada
que en mil gloriosas empresas
de su no vencido dueño
fué constante compañera,
por si hoy á morir llegara
me manda que os haga entrega.
GALIANA. ¡Por si llegara á morir!...
¡pues qué!... ¿en peligro se encuentra?
GALAOR. ¿Quién estarlo no podrá
lidiando con quien maneja
las armas y los caballos
con tal valor y destreza?
Al entregarme esa banda
me encargó que os advirtiera
que por si acaso en la lucha
la fortuna le es adversa,
de amor el postrer suspiro,
señora, os envia en ella.
GALIANA. Mas... ¿con quién va á combatir?
GALAOR. Con Bradamante.
GALIANA. ¡Jimena!
¡Con Bradamante!... ¿lo escuchas?

¡Volemos á la palestra
antes que empiece el combate...

GALAOR. ¿Dónde vais, bella princesa!
ya es tarde, ya no podreis
estorbar que se acometan.

GALIANA. ¡Ah!... ¡qué dices!

GALAOR. Yo los ví
sobre la brillante arena
salir los dos al escape
como encontradas saetas
y al ímpetu vigoroso
con que ambos se acometieran,
al aire las fuertes lanzas
saltaron astillas hechas,
y los briosos caballos
rodaron allí por tierra.

GALIANA. ¡Oh!...

JIMENA. ¡Qué horror!

GALAOR. Ambos al punto
tornaron á la pelea
y con iguales ventajas
su honor cada cual sustenta.
Pero yo, señora mia,
á través la nube espesa
de polvo que levantaban
en su indómita fiereza,
me pareció de la muerte
ver la faz amarillenta
en torno de ellos vagar
como acechando su presa,
posándose á cada instante
sobre una y otra cabeza,
y á cada golpe tendiendo
la mano crispada y seca...
y horrorizado aparté
mis ojos de aquella escena.

GALIANA. ¡Ay... que con eso que dices
toda la sangre me hielas!
Conozco de Bradamante
la ferocidad estrema,
y hasta matar ó morir
no amansará su soberbia.

¿Y habiendo sido Galiana
la causa de sus querellas
se estará aqui indiferente
en tanto que ellos pelean?
Me lanzaré entre los dos...
aun puede que tiempo sea...

(Ve á Omar que sale con varios soldados que se quedan en el fondo.)

Pero á Omar y esos guerreros,
¿qué los trae á mi presencia?

ESCENA XI.

GALIANA. JIMENA. OMAR. GALAOR. MOROS.

OMAR. En nombre del Rey tu padre,
aunque me aflije y me pesa,
Sultana, sigue mis pasos
al punto.

GALIANA. ¿Adónde me llevas?

OMAR. Cumplir con tan dura ley
mucho trabajo le cuesta
al que como yo te vió
dichosa en la edad primera,
pero nuestro Rey lo manda
y yo le debo obediencia.
En una apartada torre
que encierre á la Infanta ordena,
mientras que de vida ó muerte
determina su sentencia.

GALIANA. ¡Yo en una torre!

JIMENA. ¡Infeliz!

GALIANA. ¡Solitaria!... ¡entre cadenas!...
¡sin ver al Príncipe mas
aunque á su enemigo venza!
¡Oh... pura y limpia Maria!
no me abandone tu diestra
en este trance terrible
en que tu esclava se encuentra.

OMAR. Sultana, ven.

GALAOR. ¡No!... teneos.
Esperad que la contienda
decida en esta ocasion...
OMAR. Esclavo, detén la lengua.
¿Quién eres tú para dar
consejos en tal materia,
ni para hacer que del Rey
la voluntad se suspenda?
GALAOR. Apoyarán las palabras
que tú, villano, desprecias
las espadas vencedoras
del franco.
OMAR. Diles que vengan.
(*Repara Galaor en Roldan y Oliveros que entran por el fondo derecha con algunos guerreros y se dirije á ellos.*)

ESCENA XII.

GALIANA. JIMENA. ROLDAN. OLIVEROS. GALAOR. OMAR. *Moros y Francos.*

GALAOR. ¡Caballeros!... acudid,
que á la Princesa se llevan
á encerrarla en una torre...
ROLDAN. (*Bajando precipitadamente.*)
¡Quién vive Dios tal intenta!
Por la cruz del Redentor,
que el que á llevarla se atreva
será en singular batalla
con Roldan. Al punto deja
á Galiana en libertad,
porque esa noble princesa
no os pertenece, es esposa
de Carlos, es nuestra Reina.
OMAR. Cuando mi Rey me lo mande
la dejaré.
ROLDAN. Ya se acerca,
pues la lucha terminó,
y el moro tendido queda.
OMAR. ¡Qué!... ¿Bradamante?...

ROLDAN. Sí.
GALIANA. ¡Ah!...
ROLDAN. ¿Qué quieres que sucediera
siendo el Príncipe el guerrero
mas grande que hay en la tierra?

(*Sale el Rey muy pensativo con los moros de su corte. Despues el Príncipe y sus guerreros. Galiana queda á la derecha entre Jimena, Roldan y Galaor.*)

ESCENA ÚLTIMA.

GALIANA. JIMENA. EL REY. CARLOS. OMAR. ROLDAN. OLIVEROS. GALAOR. *Francos y Moros.*

REY. Venció del franco el acero,
y en su tremendo arrebato
por un amor insensato
perdí mi mejor guerrero.
CARLOS. Rey de Toledo, por tierra
el moro yace; declara
que lidiando cara á cara
yo le maté en buena guerra.
REY. Sí, sí; aunque de eterno luto
se cubra mi corazon,
rendir es obligacion
á tu valor tal tributo.
Los dos con igual denuedo
delante mis ojos tristes
luchásteis, sí: tú vencistes
y un bravo perdió Toledo.
CARLOS. Dió en hablarme con desdén
y en provocar mis enojos,
osando poner sus ojos
do yo los puse tambien.
REY. Ya sé que os sacó á lidiar
la pasion que te devora;
mas... del amor de una mora
tú ¿qué pudiste esperar?
CARLOS. Que esa mora fuese mia,
y que al aceptar mi mano,

de un pueblo grande, cristiano,
se siente en el trono un dia.

REY. ¿Y acaso yo te ofendí?
¿tambien tu enojo me alcanza?
¿quieres mi sola esperanza
arrebatarme de aquí?
¡Oh!... no lo conseguirás.

CARLOS. Tu hija es cristiana.

REY. Lo sé;
mas renunciará tu fé.

CARLOS. Mejor lo piensa.

REY. Jamás.

CARLOS. Está bien; ya que no puedo
vencer tu tenaz porfia,
vendrán de la patria mia
á sacarla de Toledo.
Sabes que nada me arredra...
y ¡ay! si lo llego á intentar,
que entonces no ha de quedar
aqui piedra sobre piedra.

GALIANA. ¡No mas para combatir
apresteis vuestros aceros!
Yo sola, nobles guerreros,
yo sola debo morir.
Yo, padre, te abandoné...
¡no merezco tu perdon!
¡De enojo tu corazon
y de amargura llené!
¡Cuanto hoy ofrecerte puedo
es la vida, padre mio:
sacrifica mi albedrio...
pero... sálvese Toledo!
Sí, que tus pueblos despues
bendecirán tu clemencia...
¡ya, padre, estoy mi sentencia
aqui esperando á tus pies!

REY. (*Contemplándola.*)
¡Oh!... ¡cuánto me fue querida
la que tanto me ofendió!
Recuerdo que ella formó
las delicias de mi vida.
Pero... ¿encender deberá

la guerra un trémulo anciano...
¡ay de mí! que tan cercano
á hundirse en la tumba está?...

(*Despues de luchar un breve instante con sus ideas, levanta á su hija.*)

¡Vencisteis!... ¡cómo ha de ser!...
No acepto tu desafio...
¡No quiero que el pueblo mio
vuelva su sangre á verter!
Idos... sí... y cuando á Toledo
vuestras miradas torneis...
pensad, y no lo olvideis,
que aqui suspirando quedo.

GALIANA. (*Abrazándolo.*) ¡Ah, padre! ¡cuánta bondad
tu corazon atesora!

CARLOS. (*Volviéndose á sus guerreros.*)
¡A vuestra Reina y señora,
nobles francos, saludad!

(*Todos doblan la rodilla y bajan los estandartes.*)

¡No haya aqui mas duelos, no!
Desnudad vuestros aceros...
¡Toledo y Francia, guerreros!

TODOS. ¡Vivan!

CARLOS. (*Al Rey.*) Mientras viva yo
será mi espada en tu abono:
quien quier que sea tu enemigo,
á sostenerte me obligo
á su despecho en el trono.
(*Tomando la mano á Galiana.*)
Y nada por tu hija temas,
que aunque no te ha de heredar...
Rey moro, no han de faltar
para su frente diademas.

FIN DEL DRAMA.

o de estado.
de un coronel.
Veronés.
: la tempestad.
improvisada.
› el tapicero.
olterones.
e mas feo de Francia.
edana.

› de una madre.
›rias del diablo.
con dos puertas.

bofetones.
vedado.
io.
r interés.
ne vuelvo.
padre.
: Bilbao.
.
Paulina.
de palo.
viuda y casada.
fante.
le Médicis.
ro de industria.
el leñador.
de Belle-Isle.
.
o y la huérfana.
del hambre.
ipto.
acion de los inocentes.
elosos.
:os del rey de Prusia.
de Castro.
re de bien.
ada.

to de familia.
tura de Carlos II.
era.
ler flamenco.
rio privado.
na de Alby.
na.
obleza.
'erez y Felipe II.

nga sus gravios.

cobrar el cetro.
ios despues.
novicio.
.
o.
cieguecita.
rios.
el encojido.
:cas.

del Godo.
razon la espada.
de Guadalajara.
del rey D. Sancho.
de Lanjaron.

Ango.
Angelo, tirano de Pádua.
Amor y deber.
A un cobarde otro mayor.
Adel el Zegrí.
Baltasar Cozza.
Catalina Hovar.
Chiton!!!
Doña Maria de Molina.
Doña Urraca.
Doña Jimena de Ordoñez.
Doña Blanca de Navarra.
Diana de Chivri.
D. Rodrigo Calderon.
Dos granaderos.
Dos padres para una hija.
Elvira de Albornoz.
El desconfiado.
El hijo predilecto.
Emilia.
El astrólogo de Valladolid.
El pária.
El campanero de san Pablo.
El casamiento nulo.
El afán de figurar.
El peluquero de antaño.
El pobre pretendiente
El hijo en cuestion.
Está loca!
El dómine consejero.
El compositor y la estrangera.
El duque de Braganza.
El pilluelo de París.
El soprano.
El gondolero.
El castillo de san Alberto.
El ramillete y la carta.
El comodin.
El mulato.
El marido y el amante.
Fray Luis de Leon.
Funcion de boda sin boda.
Garcilaso de la Vega.
Guillelmo Colman.
Hernani.
Hija, esposa y madre.
Intrigar para morir.
Incertidumbre y amor.
Intriga y amor.
Isabel de Babiera.
La vieja del candilejo.
La político-mania.
Mata-muertos y el cruel.
A muerte ó á vida.
La familia de Falkland.
Cain Pirata.
La Judia de Toledo.
Detras de la cruz el diablo.
Retascon.
Simon Bocanegra.
Casada, virgen y mártir.
La rueda de la fortuna.
Honra y provecho.
Los partidos.
El pozo de los enamorados.
El hijo de la viuda.
Conspirar por no reinar.
Vicente Paul.

La estrella de oro.
Los cortesanos de D. Juan II.
La ocasion por los cabellos.
Los zelos infundados.
Los amoríos de 1790.
La conjuracion de Fiesco.
La cuarentena.
La pata de cabra.
La gata muger.
Lucrecia Borgia.
Luis onceno.
Los guantes amarillos.
La frontera de Saboya.
Las máscaras negras.
La espada de mi padre.
La cruz de oro.
La hermana del sargento.
Los padres de la novia.
Luisa.
La escalera de mano.
La solterona.
La cuñada.
La hija del avaro.
La hostería de Segura.
Me voy á casar.
María Remond.
Macbet.
No hay mal que por bien no venga.
Ni el tio ni el sobrino.
No siempre el amor es ciego.
Padre é hijo.
Plan-plan.
Pablo el marino.
Roberto D' Artevelde.
Ricardo Darligton.
Sin nombre!
Stradella.
Teodoro.
Toma y daca.
Virtud en la deshonra
Valeria.
Un poeta y una muger
Una muger generosa.
Un dia de 1823.
Una y no mas.
Un artista.
Un tio en Indias.
Un liberal.
La familia improvisada.
El hombre misterioso.
Cada cosa en su tiempo.
Los independientes.
Sancho Garcia.
Mi honra por su vida.
El galan duende.
La escuela de los periodistas.
Por él y por mí.
Honoria.
El capitan de fragata.
Ella es.
Ir por lana y volver trasquilado
La reina por fuerza.
Toó jue groma.
Viriato.
Casualidades.
Vengar con amor sus celos.
El padrino á mogicones.

La verdad por la mentira.
La oliva y el laurel.
La loca de Lóndres.
Las colegialas de Saint-Cir.
La feria de Mairena.
Elisa, ó el precipicio de Bessact.
El carcelero.
Probar fortuna.
Ya murió Napoleon.
El que se casa por todo pasa.

Pedro Fernandez.
El libelo.
Los tres enemigos del alma.
Bandera negra.
La copa de marfil.
La prensa libre.
La parte del diablo.
Memoria de un padre.
Cuando se acaba el amor.
El fanático por las comedias.

Floresinda.
Jnan Tenorio.
Periquito entre ellos.
El diplomático.
El parador de Bailen.
La veneciana.
La venganza de un pec
Beltran el napolitano.
Españoles sobre todo.
La accion de Villalar.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 400 producciones, de las que se han formado:

12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina**, á 160 rs.
56 idem del **moderno español**, á 20 rs. cada uno.
30 idem del **estrangero**, á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid en las librerias de CUESTA, calle Mayor, y de RIOS en la de Carretas, y en las provincias en los puntos siguientes:

Almeria, Gonzalez.--*Alcoy*, Marti Roig.--*Alicante*, Champourcin.--*Burgos*, Arnaiz.--*Badajoz*, Viuda de Carrillo.--*Barcelona*, Piferrer.--*Bilbao*, Garcia.--*Cadiz*, Moraleda.--*Córdoba*, Berard.--*Coruña*, Perez.--*Granada*, Sanz.--*Jaen*, Orozco.--*Jerez*, Bueno.--*Leon*, Miñon.--*Lugo*, Pujol.--*Málaga*, Aguilar.--*Murcia*, Gisbert.--*Oviedo*, Longoria.--*Orense*, Novoa.--*Pamplona*, Erasun.--*Palencia*, Santos.--*Palma*, Gelabert.--*Santander*, Riesgo.--*Salamanca*, Oliva.--*Sevilla*, Caro Cartaya.--*Santiago*, Rey Romero.--*San Sebastian*, Baroja.--*Vitoria*, Ormilugue.--*Valencia*, Navarro.--*Valladolid*, Hijos de Rodriguez.--*Zaragoza*, Yagüe.

En las mismas librerias se venden las obras siguientes:

Fígaro: Cuatro tomos en 8.º marquilla con el retrato y biografia, 100 rs.
Alvarez: Derecho real, dos tomos, 40.
Rossi: Derecho penal, dos tomos, 36.
Astronomía de Aragó: un tomo 14.

Estas tres obras han sido aprobadas por la Direccion general de estudios como útiles á la enseñanza pública.

Poesias de **D. José Zorrilla:** diez tomos que se espenden sueltos, 160.
—— de **José de Espronceda:** un tomo, 24.
—— de **D. Tomas Rodriguez Rubí:** un tomo 10.
Recuerdos y fantasias por don José Zorrilla: un tomo, 10.
La Azucena silvestre por el mismo: un tomo, 12.
Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.
Introduccion á la historia moderna, por D. Antonio Gil de Zárate: un tomo, 12.
Coleccion de novelas históricas originales españolas, que consta de veinte y nueve el total de tomos, á 8 rs. cada uno.
Cuentos fantásticos de Hoffman, dos tomos, 12.
El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.
El libro del pueblo: un tomo, 6.
Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo 6.
Composiciones del Estudiante en verso y prosa: un tomo, 12.
El pobrecito hablador, por Larra: un tomo, 12.
Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.
Memorias del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.
Arte de declamacion por Latorre: un folleto, 4.